

ció considerablemente, y creyéndose demasiado estrecho en los terrenos que pacíficamente poseía, volvió en torno los ojos buscando campos dilatados en que ensancharse. Mas no era posible hacerlo ya pacíficamente en todas direcciones, por estar ceñidos en sus posesiones por los chontales que poblaban el Ozolotepec: contra éstos, pues, fueron en armas los miahuateques. Fué la ocasión la muerte de uno de sus caciques, "Pichina Vedella," cuyos dos hijos, comprendiendo las dificultades de acordarse en el gobierno, determinaron que el mayor, al frente de un ejército, partiese buscando un reino con el filo de su espada, quedando el menor con el cacicazgo que había heredado. Los ozolotepeques, por su parte, no se descuidaron, poniéndose en armas para resistir á sus injustos invasores. La lucha que siguió á tales preparativos fué terrible; pero la suerte no dispensó esta vez su favor á la justicia: de setenta mil chontales que se opusieron al paso de los zapotecas, quedaron solo mil con vida. Los vencedores impusieron su idioma y su gobierno á los ozolotepeques, pueblos que progresaron despues, en términos de contar uno solo de ellos, á la venida de los españoles, treinta mil habitantes. <sup>1</sup>

8.—Estas guerras podían calificarse de empresas particulares, llevadas á término feliz por los esfuerzos aislados de capitanes subalternos; la nación entera se interesó vivamente en otras de utilidad comun: tal fué la traslación á Teozapotlan de la capital del reino. Despues de Teotitlan, parece haber sido Mitla por mucho tiempo la residencia principal de los soberanos zapotecas. Brasseur de Bourbourg <sup>2</sup> citando el Códice Chimalpopoca <sup>3</sup> afirma

<sup>1</sup> Colección de documentos inéditos del archivo de Indias, t. 9. p. 210 y siguientes.

<sup>2</sup> Histoire des Nations civilisées de Mexique, etc., t. 3, c. 2.

<sup>3</sup> Códice Chimalpopoca, hist. cronol.

que en 1351 reinaba allí "Ozomatli." Teozapotlan no había sido entretanto mas que un islote cubierto de vegetación, que descollaba en medio de un extenso lago y era frecuentado por navegantes y por pescadores. La necesidad de ponerse al abrigo de toda agresión extraña fué la que inspiró el pensamiento de convertir el islote en fortaleza. Un rey guerrero fué quien puso en ejecución este designio. El nombre zapoteca de Teozapotlan nos descubre el nombre de su fundador. Llamábase el pueblo *Zaachilla-Yoo*, que quiere decir, "Fortaleza de *Zaachilla*." *Zaachilla* fué, en efecto, un génio emprendedor á quien Burgoa atribuye la reducción de los chontales y conquista de Nejapa: él fué quien levantó en Teozapotlan sobre una roca la fortaleza de siete cuerpos, que parecía entonces amenazar á las montañas vecinas, y cuyas ruinas se ven esparcidas al presente. Brasseur dice que *Zaachilla* fué hijo de *Wuiyatób* ó *Huijatób*, y como con este nombre se designaba en Mitla á los sumos sacerdotes, se puede sospechar que, ántes de *Zaachilla*, hubiesen estado reunidas en una misma persona las dos supremas dignidades, sacerdotal y real.

9.—Hemos dicho que *Zaachilla* había sido un rey guerrero: así lo mostró en la campaña emprendida contra los pueblos mijes. Tuvieron éstos un señor llamado *Condoy*, belicoso y osado, y tan temible, que al atravesar las montañas, los peñascos mismos se le inclinaban, según decían, rindiéndole homenajes humildes. Si hemos de creer lo que contaban de él, no había tenido padres ni otros ascendientes, apareciendo en el mundo de repente y en edad ya perfecta: sin dilación tomó luego las riendas de la nación mije, y vigorosamente la defendió de todos sus enemigos. Sus ejércitos eran numerosos y aguerridos, y sin descanso estaban ocupados en campañas difíciles ó en ejercicios de la profesión, endureciéndose y disciplinándose cada día más con las fatigas, marchas y correrías en que los tenía de con-

tínuo su incansable caudillo. Residia en Totontepec: nadie había tenido la gloria de vencerlo; ántes bien, temerosos de su indomable valor, pero recelando que por sí solos fueran insuficientes para destruirlo, formaron una formidable liga los zapotecas del valle y los de la sierra con los mixtecas. Los ejércitos coligados, conducidos por Zaachilla I, se situaron al pié del Zempoaltepec, en cuyas gargantas y desfiladeros tenían su campo los mijes. Como á pesar del prodigioso número de soldados que comandaba, la liga no tenía confianza en la victoria, en lugar de acometer á Condoy en sus posesiones, determinó incendiar los grandes bosques de la montaña, creyendo reducir por este medio al extremo á Condoy aun ántes de haber llegado á las manos. La ejecucion correspondió al pensamiento: las teas incendiarias discurrieron en todos sentidos, y pronto no se vió en torno de la montaña sino un círculo inmenso de fuego que se iba estrechando á medida que las horas corrían, alejando hácia el centro á las fieras que espantadas se mezclaban con los defensores, huyendo en confusion á las cumbres. La hierba desaparecía rápidamente convertida en cenizas, miéntras los orgullosos pinos y los cedros seculares se rompían con estruendo y rodaban ardiendo á las profundas barrancas. No tardó mucho el Zempoaltepec en quemarse desde su raíz á la cima, ofreciendo el espectáculo de un mar inmenso de llamas, cuya luz rojiza reflejaba en las montañas vecinas, alumbrándolas con fulgor siniestro, y cuyo negro humo, en forma de enormes cúmulos, subía imponente á confundirse con las nubes. En una área de cincuenta leguas desapareció toda vegetacion á los pocos días, no quedando sino restos humeantes del voraz incendio; pero Condoy no fué por eso vencido, pues sus enemigos nunca pudieron apoderarse de los picos y cuevas en que se habían refugiado los mijes; ántes bien, aquella medida salvaje irritó más los ánimos, encendiendo entre las partes contendientes un odio implacable que despues se pronunciaba sangriento á

la más leve ocasion. En efecto, sin llevar á su término la campaña, los zapotecas se retiraron, dejando guarniciones hácia Nejapa, en algunos pueblos de los que pudieron conquistar, para contener la venganza de los mijes que, por allí, como una avalancha, podían precipitarse de sus montañas y derramarse en el valle; pero desde entónces, unos y otros fueron constantemente opuestos, haciendo los últimos demasiado sensible su resentimiento, tanto como su fuerza, robustez é indomable orgullo, con sus acometidas frecuentes á los pueblos vecinos, en las que los desgraciados netzichus y serranos que no morían, soportaban las consecuencias del más completo despojo. <sup>1</sup>

Por lo que hace á Condoy, debemos agregar que tan extraordinarias eran las cualidades que le atribuían, que llegaban á trasformarlo los suyos en un sér sobrehumano. Como le negaban el nacimiento, así tambien aseguraban que no había muerto. Lo habían visto venir á la tierra saliendo de una cueva que penetra en los montes, no léjos de Juquila de los mijes; y á este modo decían, que cuando despues de haber gobernado á los suyos, quiso apartarse del mundo, se entró en la misma cueva acompañado de sus capitanes, y cargado con el oro y demás despojos de sus victorias, y cerrando por dentro la entrada de la gruta, partió por sendas solo de él conocidas, á remotas é ignoradas regiones. Tanto alucinó esta fábula á ciertos españoles, que en 1655 emprendieron viaje de México, arrastrando á su paso á muchos oaxaqueños, para explorar la gruta de Condoy. Emplearon algun tiempo y dinero en buscar los tradicionales tesoros. En Cacalotepec hicieron algunas excavaciones: extendieron sus pesquisas por otros pueblos: en fin, sacaron en claro la convicción de su engaño. La cueva de Juquila servía de sepulcro á los caciques mijes. <sup>2</sup>

<sup>1</sup> Burgoa. Desc. Geog., cap. 56.

<sup>2</sup> Burgoa, Desc. geog., c. 61.

10.—Pero cuando estos acontecimientos tuvieron lugar, los mixtecas habian cruzado ya repetidas veces sus armas con los aztecas. Antes de que éstos llegasen á México y en el mismo año de 1351, en que se sabe que reinaba Ozomatli en Mitla, los mixtecas sostuvieron una guerra sangrienta contra los guerreros de Tehuacan, ignorándose las causas que las provocaron y el resultado que tuvieron despues de éste; no parecen haber tenido los mixtecas otro encuentro belicoso con los chichimecas, dueños entónces de la mesa central de Anáhuac, ó por lo ménos, no queda constancia ni noticia cierta que los hubiesen combatido. Es probable que los mixtecas hayan invadido, con pretensiones de conquista, la sierra de Huautla y Huehuetlan, pues en medio de la nacion guatinicamame dejaron un pueblo de su idioma, que no debe haberse establecido allí pacíficamente. Acaso los señores de Mazatlan, en la misma sierra, hayan tomado parte en las revueltas que turbaron el gobierno de los sucesores de Nopaltzin, á quienes estaban sujetos. Tal vez estos poderosos reyes hayan llevado victoriosas sus armas hasta penetrar en lo que es hoy el Estado de Oaxaca, dando motivo para la guerra referida del tiempo de Ozomatli, pero no se sabe. Más bien se hallan señales de relaciones amistosas en el aprecio que hacian de los lapidarios y plateros mixtecas, á quienes honraban sobremanera los señores de Acolhuacan.

11.—La primera guerra que la historia hace constar de los mixtecas y pueblos vecinos, es la que se suscitó entre Coixtlahuac y los mexicanos. Estos últimos, miserables y abatidos al principio, á fuerza de osadía y constancia habian logrado darse rey y edificar una suntuosa capital, y hacerse respetar por los habitantes del valle de su nombre. No tardó mucho sin que la fortuna, que les habia comenzado á sonreír, se declarase abiertamente en su favor, concediéndoles que no solo sacudiesen el yugo que los oprimia, sino

á su turno fuesen los dominadores de la tierra. Ya habian hecho importantes conquistas, cuando subió al trono de Tenochtitlan, Moctezuma el primero, llamado tambien Ilhuicamina, capitan famoso por su valor y hazañas inmortales. No era ménos altivo el ánimo de Atonaltzin, que gobernaba por ese tiempo en Coixtlahuacan, ni estaba ménos orgulloso este caudillo por las victorias que habia conseguido de los pueblos convecinos. Habia oido hablar de las campañas llevadas á feliz término por los mexicanos, cuya fuerza se creia incontrastable y cuya gloria se publicaba ya en todas partes. Estos rumores no le eran muy gratos, así porque tenia conciencia de su propia grandeza y el orgullo no sufre rivalidad, como porque acaso presumió que algun dia le alcanzase la ambicion mexicana y fuese él mismo atado al carro triunfal de su prosperidad no interrumpida. A esto se agregaban algunos insultos que se permitian los soldados de la guarnicion vecina del pueblo de Tlaxiaco, que envanecidos, proclamaban la propia superioridad sobre las demás naciones de Anáhuac. Esta guarnicion habia sido puesta allí por Moctezuma, que habia sabido ganar el corazón de *Malinalli*, feudatario hasta entónces del príncipe mixteca, pero que faltando á sus deberes se habia declarado por los mexicanos, lo que sin duda humillaba el amor propio de Atonaltzin, que no llevaba muy resignadamente la afrenta. Por estos motivos, pues, ó por otros que no se saben, el caudillo mixteco no miraba con sanos ojos á los mexicanos, ostentaba despreciarlos y aun les causaba todo el mal que podia. A los comerciantes negaba el paso por sus dominios, y si alguno, contraviniendo á sus órdenes, franqueaba el lindero de sus tierras, era cogido y severamente penado.

Estas hostilidades se repitieron tantas veces, que llegaron al conocimiento de Moctezuma, á quien indignó principalmente un acto de verdadera barbarie, el último que se habian permitido los mixtecas. Aquel acto marcadamente

hostil contra los mexicanos, se debió, según se dice, á las inspiraciones de otro pueblo que los odiaba y quería precipitar contra ellos en guerra abierta al poderoso Atonaltzin. Coaixtlahuac, que figuraba entonces como gran ciudad, entre otras causas de prosperidad, tenía la de un mercado á que concurrían ricos extranjeros de México y Tezcuco, de Chalco, Cuyoacan y Xochimilco, de Azcaputzalco y de Tacuba, para adquirir grana y plumas, jícaras con adornos de oro y plata, tejidos delicados de algodón y de pelo de conejo, cacao y oro que allá se cambiaba en abundancia. Cierta día, por mandato de la autoridad, aquellos extranjeros, en un doblez de camino, fueron asaltados, despojados de todas sus riquezas y muertos en número de ciento sesenta, salvándose apenas unos pocos de Tultitlan que se apresuraron á dar noticia de su desgracia al rey de México.<sup>1</sup>

Según costumbre invariable de aquellos tiempos, el monarca azteca envió al orgulloso Atonaltzin una solemne embajada preguntándole la causa de su conducta y amenazándole con la guerra si no le daba una satisfacción cumplida. Tal amenaza no pudo menos de ahondar la herida que había ya recibido en su orgullo Atonaltzin: recibió con desprecio á los embajadores, hizo sacar alguna parte de sus riquezas, y poniéndolas delante de los mexicanos, les dijo: "Llevad este regalo á vuestro rey, y decidle que por él conocerá el amor que mis súbditos me tienen y la defensa que harán de mi persona. Acepto gustoso la guerra que me proponéis, y quede en ella decidido si los mexicanos me tributarán á mí, ó yo á los mexicanos."

Moctezuma escuchó con admiración la respuesta de Atonaltzin. "Estas arrogantes palabras, dijo á Netzahualcoyotl, que reinaba entonces en Tezcuco, demuestran un valiente corazón: sin duda es necesario un gran poder para sojuz-

<sup>1</sup> Historia de los indios de Nueva España, por Diego Duran, t. 1, c. 22.

garlo: apercibámonos para la guerra y veamos si los hechos corresponden á una respuesta presuntuosa."

En efecto, los tres reyes aliados, el de México, el de Acolhuacan y el de Tlacopan ó Tacuba, llamado Totoquiuhatzin, de acuerdo levantaron en sus respectivos Estados ejércitos considerables, á que se agregaron otros señores que quisieron tomar parte en la contienda. Unidos todos, marcharon para la mixteca, en donde Atonaltzin convocaba á sus vasallos, y les hacía presente su sonrojo y la triste esclavitud á que se verían sujetos, si como otros pueblos, eran vencidos por los mexicanos, mientras que vencedores reportarían una gloria incomparable y dominarían fácilmente toda la tierra. Cuando hubo reunido sus huestes, las ordenó y salió al encuentro de sus enemigos. Aquellos dos caudillos rivales, eran César y Pompeyo que se disputaban el imperio del mundo que les era conocido.

Los dos ejércitos no tardaron en ponerse á la vista, acampando el uno al frente del contrario. Moctezuma ordenó sus filas, y las presentó en batalla al enemigo. Los mixtecas acometieron, pero con empuje tan violento y rudo, que al primer choque hicieron suya la victoria. No valieron á los mexicanos y tezcucanos su número y la ventaja de sus armas: huyeron y se dispersaron, dejando el campo sembrado de cadáveres.<sup>1</sup>

La empresa de vencer á los mixtecas tuvo que abandonarse por entonces; pero la vergüenza de la derrota estimuló á Moctezuma y á Netzahualcoyotl á levantar nuevos ejércitos y prepararse mejor para la nueva campaña que oportunamente se proponían abrir. Tampoco Atonaltzin se dormía sobre los laureles conquistados; antes bien, sabiendo que los mexicanos eran constantes en la ejecución de sus designios y que una vez emprendida una obra, no acostumbraban desampararla á la primera adversidad; previendo

<sup>1</sup> Torquemada. Mon. Ind. l. 2, c. 48

que volverían á combatirle con mayores fuerzas, por su parte procuró aumentar las probabilidades de buen éxito, haciendo alianza con los tlaxcaltecas y huejocinques; enemigos antiguos é irreconciliables de los mexicanos. Unos y otros asintieron á la súplica y deseos de Atonaltzin, acudiendo á su auxilio con gente que luego fué puesta en actividad por el previsor y diligente capitán mixteca. El presidio de Tlaxiaco era una amenaza continua sobre sus Estados; y en el caso de una nueva guerra que sobrevendría sin duda, era un enemigo formidable que lo combatiría por la espalda: ante todo era preciso deshacerse de él. A la cabeza, pues, de los aliados, marchó para Tlaxiaco y lo combatió vigorosamente y sin descanso. Aún la fortuna le fué propicia: el mejor éxito coronó sus esperanzas; se apoderó del pueblo: los tlaxiaqueños se le rindieron; los mexicanos fueron pasados á cuchillo, quedando en la condición de esclavos los pocos que sobrevivieron.

Entre tanto, y á partir de la primera derrota de los mexicanos, había pasado un año, tiempo que Moctezuma había empleado en hacer nuevas alianzas, levantar más numerosos ejércitos y prepararse de todas maneras para la nueva campaña en que pensaba reparar su crédito y lavar su honra un poco menoscabada desde el último descalabro. Ya estaba en marcha <sup>1</sup> para la mixteca, con los reyes de Tezcucó y Tlacopan y otros muchísimos amigos y confederados <sup>2</sup> al frente de un ejército de doscientos mil soldados, sin contar con cien mil tamemes encargados del bagaje, asemejándose por su número los combatientes, á las masas

<sup>1</sup> Duran dice que tomaron parte en esta guerra "Chalco, Tezcucó, Ixtapalapa, Culhucan, Mexicatzinco, Xuchimilco, Uitzilopochco, Cuyoacán, Tacuba, Aztcaputzalco, Tullan, Matlatzinco, y tantas gentes que cubrían el sol, y fué tanto el aparato de guerra que para esta entrada se juntó, cuanto en ninguna de las demás se habían visto ni junto." (Historia de los indios, t. 1, c. 22.)

<sup>2</sup> Alva Tezozomoc. Crón. mex. c. 23.

de langosta que suelen cubrir la luz del sol al cruzar los aires, cuando recibió la noticia del desastre de Tlaxiaco. Este nuevo revés acabó de exasperar su ánimo ya indignado: corrió con los suyos al encuentro del ejército mixteca, lo acometió con ímpetu irresistible; al primer choque los venció, y en sus manos quedaron también los tlaxcaltecas y huejocinques. No deberían terminar aquí las desgracias de Atonaltzin. Este príncipe vió entrada su capital por los enemigos, incendiados sus santuarios y destrizada la flor de sus ejércitos. Moctezuma le impuso un feudo y lo dejó tranquilo, mientras él proseguía la carrera de sus victorias; pero la vista de los innumerables heridos y muertos que habían sido recogidos después de la batalla, conmovió tan hondamente á los demás caciques mixtecas que habían tomado parte en la contienda, que sin respetar la desgracia de su caudillo, comenzaron á hacerle cargos, acriminándolo por haber emprendido sin discreción una guerra peligrosa contra el parecer de los demás, y principalmente por haber mezclado en sus filas á los tlaxcaltecas y huejocinques, quienes, ni habían resistido varonilmente el empuje del enemigo, y si habían introducido en el campo el desorden con su fuga, debiéndose á ellos la ruina que padecían. Pasando de las palabras á los hechos, amotináronse sin miedo alguno á la autoridad, y roto el freno de toda obediencia y sujeción, dieron muerte á Atonaltzin y á los tlaxcaltecas y huejocinques que aun tenían vida. Así fué como Coaixtlahuac, de nación independiente y poderosa, vino á quedar débil y tributaria de los mexicanos. Una leve causa fué el principio de la guerra: los acontecimientos se encadenaron de modo que el fin fuese notablemente funesto á los mixtecas. Así es como las cosas más pequeñas suelen decidir la ruina de los imperios.

Moctezuma, por su parte, tenía todos los caracteres de cumplido general: sabía vencer tanto como aprovecharse de la victoria conseguida. En Coixtlahuacan dejó un fuerte